

EDITORIAL

La estrategia de “competitividad” seguida en México no se basa, como pregonan la teoría convencional, en dinámicas de convergencia económica regional, integración de cadenas productivas, innovación o formación de capacidades tecnológicas. En lugar de organizar procesos de industrialización arraigados en el mercado interno, se desmantela el aparato productivo para que las grandes corporaciones multinacionales se aposenten sin demoras. Lejos de una inserción estratégica al mercado mundial, la organización económica está volcada a la peor modalidad de las competitividades conocidas, la “espuria”, es decir, aquella que está basada en la sobreoferta de trabajo barato, el extractivismo de recursos naturales, la especulación financiera y, por si fuera poco, el reforzamiento de los lazos de dependencia hacia Estados Unidos. En el peor de los casos, el modelo se remacha con estrategias coercitivas y punitivas que, bajo el pretexto de emprender una “guerra contra el narcotráfico”, acorde a la política de seguridad del decadente imperio estadounidense, ejerce un pernicioso control político sobre la población inerte, cuyo estela fúnebre también abarca la criminalización de los jóvenes e infantes, especialmente de los pobres y excluidos.

En un contexto nacional marcado por la descomposición social generalizada, se impone la necesidad vital de promover un cambio a fondo del modelo de “desarrollo”. Un modelo alternativo es no sólo posible sino urgentemente necesario. En principio, es menester afrontar los rasgos más degradantes del proceso de neoliberalización que atosiga a la nación en las últimas tres décadas.

Hay alternativas basadas en el trabajo digno, un neoextractivismo progresista, la soberanía financiera, el desarrollo regional y la seguridad humana. En ese camino, los niños y jóvenes, especialmente los pobres, deben de ser incluidos en las dinámicas del desarrollo. Por ello, es imprescindible promover un cambio cultural donde la ciencia, la tecnología y la educación estén volcados no a la formación selectiva de “capital humano” abocado a la maximización de ganancia, como ahora ocurre, sino al objetivo de garantizar con dignidad la producción y reproducción de la vida humana en un ámbito natural sano.

De manera particular, es menester formar nuevas generaciones, con jóvenes, adolescentes y niños, para impulsar un desarrollo humano de nuevo tipo, no sólo que dote de capacidades y oportunidades para que, presumiblemente, los excluidos sean nuevos concurrentes del mercado, como propone la visión del liberalismo social de Sen, PNUD y seguidores, sino que reconstruya el tejido social y las fuerzas productivas, reconstruya las capacidades críticas, creativas, productivas y propositivas de los jóvenes, para que puedan apropiarse del espacio público, revalorar la educación y acceder al mercado laboral en condiciones dignas. En este trance, la formación político-cultural de las juventudes es necesaria para superar la cultura arraigada en el sistema político que promueve el oportunismo, la corrupción y el conservadurismo, todo en aras de un cambio cultural para la transformación social. En el camino de una concientización social y de una organización autónoma e independiente, la eclosión del movimiento #YoSoy132 representa una renacida esperanza del pueblo de México frente al embate de los poderes fácticos, las corporaciones rapaces y los políticos corrompidos. No todo está perdido.

Humberto Márquez